

DR. RICARDO C. GUARDO

DIPTALGO DE LA NACION

REFLEXIONES SOBRE
LA UNIVERSIDAD
ARGENTINA

ARG DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

EDITORIAL NUEVA ARGENTINA

BUENOS AIRES

1960

Ricardo C. Lucendo
Diputado de la Nación

**REFLEXIONES SOBRE LA
UNIVERSIDAD ARGENTINA**

[Handwritten signature]

Dr. RICARDO C. GUARDO

DIPUTADO DE LA NACION

**REFLEXIONES SOBRE
LA UNIVERSIDAD
ARGENTINA**

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

EDITORIAL NUEVA ARGENTINA

BUENOS AIRES

1950



Esta exposición fué leída en el Centro Universitario cerrando el ciclo de conferencias pronunciadas en la misma, durante el año 1949. Por su mismo carácter, ceñida a un tiempo determinado, lógicamente no puede suponerse que el tema haya sido desarrollado en toda su amplitud. Por eso me pareció adecuado encuadrar mi exposición dentro del concepto claro y preciso de «Reflexiones sobre la Universidad Argentina».

Sin embargo, estimo que mis palabras —al margen de su valor en sí—, por el hecho de mi militancia dentro y fuera de la Universidad, pueden contribuir a una valoración para los estudiosos y los interesados de lo que ella significa dentro de la Nueva Argentina de la Revolución. No constituye, pues, un trabajo completo, sino una simple exposición —fervorosa y objetiva al mismo tiempo— de lo que el peronismo considera como misión y función de la Universidad.

Se ha dicho y suele repetirse aún que el movimiento peronista ha subestimado el valor de la Universidad y de los universitarios. Nada más inexacto y falso. Si hubo reacción fué exclusivamente contra una universidad y una casta desconectada de la realidad urgente y angustiosa del país. Pero los que militamos en el movimiento desde la hora inicial, y los que hemos tenido la fortuna y el honor de acompañar al general Perón desde el primer momento de esta nueva etapa de la argentinidad, podemos afirmar y podemos decir cuán básico y fundamental es el interés del líder por las actividades de la inteligencia. Podemos afirmar y podemos decir que, en verdad, jamás en la historia del país un gobernante, un conductor, ha calado más profundo y ha señalado más categóricamente el papel destinado a la Universidad. Ni nadie ha tenido más fe y más confianza en su aporte a la Nación. Ya en una oportunidad, al referirse a la Universidad, el general Perón ha expresado: «Hemos de pasar de la etapa primera de asimiladores de cultura a la de creadores de cultura.»

Tal es la misión trascendente, en tiempo y espacio, que el general Perón asigna a la Universidad Argentina. De una función asimiladora a una función creadora. De simple reflejo a luminar potente. De ser servida a servir. He aquí la clave: la Uni-

versidad Argentina, al servicio del Pueblo, de la Nación, de la Patria.

Si mi exposición pudiera contribuir al esclarecimiento del problema universitario de la hora, podré darme por satisfecho.

RICARDO C. GUARDO.
Diputado de la Nación

Señoras y señores:

Quiero aclararles, ante todo, que no es mi propósito, al hablar sobre la Universidad argentina, dar a mis palabras ningún tono de solemnidad enfática ni revestirlas tampoco de un vano empaque académico.

Mi propósito es bien simple y sencillo.

Más que una disertación erudita o que una compilación más o menos completa de citas, más que una definición clásica de la materia, me propongo desarrollar —contando con vuestra buena voluntad— el fruto natural de mis observaciones, de mis estudios y de mis experiencias personales, reunidas a través de mi actuación en esa noble y fecunda casa, a la que me ligan tantos sentimientos, tantos afanes y tantas esperanzas, que es la Universidad.

Por eso me he limitado a dar a mis palabras el carácter de reflexiones, para que así yo pueda hablar, y vosotros escuchar, cordial y amistosa-

mente, sintiéndome aquí como debió sentirse siglos ha, un docto mágister o un alegre estudiante, en una de esas antiguas comunidades que albergaban las inquietudes y los sueños de aquellos que iban a libar la miel de la sabiduría en las góticas escuelas medievales.

Y en verdad, no podía ser de otra forma, en este Centro Universitario que tengo el honor de presidir, donde todos nos sentimos hermanados por un mismo sentimiento y un mismo ideal: la fe en los destinos venturosos de la patria y la confianza en la consolidación definitiva de la revolución nacional y de su gran conductor, el ilustre general don Juan Domingo Perón.

Mucho se ha escrito y mucho se ha discutido sobre la Universidad. Su misión, su organización, sus objetivos, han motivado siempre polémicas, apasionadas algunas, estériles otras.

Pocos son los conceptos que, como el de Universidad, hayan dado origen a mayores contradicciones.

¿Cuál es la misión de la Universidad? La ciencia por la ciencia misma; la enseñanza de conocimientos universales, su difusión y extensión; la creación del conocimiento y su propagación; la investigación como característica esencial; la preparación para la vida; la impartición de cultura política; la formación de hombres de vigor moral; el fortalecimiento de la inteligencia, así como la

formación del carácter y la personalidad; la enseñanza de la técnica de cada profesión; el desarrollo de estudios superiores aunque sean de naturaleza técnica. Sería inacabable la exposición de todas las opiniones autorizadas que se han formulado sobre el carácter, misión y destino de la Universidad.

Creo, ante todo, que reabrir en base a cualquier propósito esta vieja polémica, sería inoperante y estéril en nuestro caso.

En realidad, ponderadamente, estimo que nada hay más peligroso en la búsqueda de la verdad que el dejarse envolver por las palabras. Las palabras poseen un milenaric encanto y una sugestión tan poderosa, que es muy difícil substraerse a sus mágicos atractivos. Una vez atrapados en sus redes, enmarañan nuestros pensamientos, atan nuestros movimientos, ciegan nuestros ojos y terminan por hacernos olvidar, precisamente, lo que ardientemente buscábaros: la realidad.

Por eso, considero que todo planteo sobre la Universidad debe comenzar por desarrollar cierto método. Y nada más necesario que el método en el caso argentino.

Hasta ahora, lo cierto es que nuestro conocimiento, nuestra visión del mundo, por así decirlo, no ha sido nunca autóctona, auténtica, nativa, indígena. Tal conocimiento y tal método ha sido un

conocimiento y un método no conquistado por nosotros mismos, sino que lo hemos adquirido de reflejo. Lo hemos adquirido de prestado. Formulo esta afirmación y no creo exagerar absolutamente en nada. Trataré de explicarme brevemente.

Traslademos un momento el concepto general del conocimiento hacia su aplicación práctica, hacia aquellas manifestaciones que constituyen, esencialmente, la vida de los pueblos: la política, la economía, la sociología.

Tomemos a estas manifestaciones del saber en su faz ejecutiva y conductora, es decir, en su aplicación por los elencos dirigentes del país.

¿Podíamos afirmar que teníamos un sentido político, un sentido económico, un sentido social, ajustado a la realidad y a la vida nacional?

La respuesta huelga por sí misma. Nadie puede dudar que vivíamos en un vasallaje.

Y ahora puedo manifestaros otra falacia más de ese conocimiento, de esa visión del mundo que, como he dicho, nosotros no habíamos conquistado, que nosotros no habíamos adquirido de la fuente nutricia de nuestra tierra, sino que poseíamos de reflejo, que nos habían prestado y, debemos decirlo, que nos había sido en algunos casos impuesta.

La falacia consiste, precisamente, en ese encanto y en esa sugestión de las palabras de que ya os he hablado.

Nosotros estábamos acostumbrados a repetir Universidad, Universítas. La palabra Universidad no podía dissociarse de la idea de lo universal, del concepto de universo, del sentido de la universalidad. Y nada más exacto que esto.

¿Cuándo nació la Universidad? Cuando el mundo tuvo conciencia ecuménica, cuando el hombre vió en otro hombre un semejante, cuando creyó en un único Dios verdadero. Cuando un poderoso emperador tuvo que ir descalzo sobre la nieve, en una espera angustiada, a solicitar perdón al vicario de Cristo.

La Universidad fué una consecuencia de la cristiandad. Por eso nada más exacto que la palabra Universidad asociada a la idea de lo universal, al concepto del universo, al sentido de la universalidad.

Pero el pensamiento humano no vive en tiempo y en espacio siempre igual a sí mismo, sino que está fundamentalmente condicionado por la época y el medio. La unidad religiosa, base de la universalidad, hace crisis. De una concepción teocéntrica, se pasa a una concepción antropocéntrica.

Adviene a la tierra, el reinado del hombre, no ya como un humilde servidor de Dios, sino como un nuevo amo que viene a campear por sus propios fueros. El sentido de lo universal hace crisis y se quiebra. Aparece entonces un nuevo factor en la

historia, no por cierto desconocido, pero que recién comenzaba a expandirse: el factor económico.

Una nueva clase, la clase capitalista, toma el mundo por su cuenta, se arroga la representación del progreso y de la civilización, y, al impulsar el sentido nacional de los pueblos, al fortalecer su unidad interior, comienza por conquistar sus propios mercados.

Pero no se trata ya únicamente de la quiebra del sentido ecuménico que significa la unidad religiosa, que expresaba la cristiandad, sino que por la dinámica específica del capitalismo, los pueblos más felizmente dotados, más desarrollados, se han de transformar en potencias, y terminarán oprimiendo a los pueblos más débiles, subordinándolos, y sometiéndolos para sus propios fines.

Desde este momento surge una ley histórica: toda cultura, todo progreso, todo adelanto de los países débiles, no ha de ser, como podía pensarse, el resultado de la cultura, del progreso y del adelanto de los países fuertes, sino de las contradicciones del sistema capitalista y de las crisis periódicas que han de sufrir las potencias dominadoras.

Así explico la falacia que he señalado.

Para los pueblos del mundo ya no ha de existir lo universal. Los fuertes dominarán, los débiles

serán dominados. El acceso a la cultura, a las manifestaciones y comodidades de la civilización y del progreso sólo serán permitidos, en los países débiles, a un sector social, a una casta a la que se le ha de asignar un papel dirigente sobre las masas nativas, oprimidas y esclavizadas, pero siempre que se sometan en lo político, en lo económico y en lo social a los intereses de la potencia rectora y opresora. Es decir, que los países oprimidos no podrán tener ni política, ni economía, ni sentido social propio. Tendrán lo que imponga el opresor foráneo. Y dentro del dispositivo de opresión, la formación mental, el conocimiento, la cultura, en fin, constituirá un todo al servicio de fuerzas e intereses extranjeros.

La Universidad, por consiguiente, manejada por una oligarquía antinacional y sumisa al extranjero, estará al servicio del imperialismo, será un simple reflejo de cuanta doctrina y teoría se quiera imponer desde afuera.

Es así como la Universidad en la Argentina —digamos mejor para abarcar todo el proceso—, en toda la América española, renuncia a su destino histórico.

He aquí otro concepto que trataré de explicar. Pero para ello es preciso que vuelva a tomar el hilo de estas reflexiones.

Había dicho que todo planteo sobre la Universidad debía comenzar por desarrollar un cierto método. Y que ese método, por el cual se llega al conocimiento, a nuestra visión del mundo, no había sido nunca auténtico, autóctono, nativo. Así llegué a explicar mi concepto sobre la falacia que encerraba la palabra Universidad asociada a la idea de lo universal. Había dicho que el sentido de lo universal, desde la aparición del factor económico en su típica expresión moderna, el imperialismo, se había quebrado. Desde la fórmula que permite la preparación de metales para su aplicación industrial o bélica, hasta aquella que encierra el misterio de la bomba atómica, las potencias que luchan por la conquista del poder mundial hacen de ellas un secreto. ¿Dónde existe la universalidad de los conocimientos? ¿Dónde puede penetrarse libremente a los laboratorios? ¿Dónde existe un verdadero y sincero intercambio de ideas y conceptos? ¿Qué sabemos de las concepciones reales políticas y económicas de los países que potencialmente marchan a la vanguardia del mundo, incluso de aquellas naciones que al tomarnos en consideración dentro de sus planes diplomáticos y estratégicos más directamente nos interesan?

¿Por dónde debemos comenzar, pues, este planteo fascinante y apasionante de la Universidad?

Entiendo que ante todo debemos comenzar por situarnos. Y para ello sólo hallaremos una solución si buceando en el pasado histórico nos animamos a desenmarañar por nuestras propias manos las malezas y disipar las tinieblas, impulsados por nuestra única voluntad ardorosa de servir a la patria.

Es en la línea histórica donde encontraremos la clave de la situación.

El signo trágico de la Argentina —y con ella de toda la América española—, desde el descubrimiento hasta un pasado inmediato, ha sido el coloniaje político, económico y social.

Dentro del panorama mundial, nuestro país —y repito que cada vez que digo Argentina no disocio en absoluto el resto de los pueblos hermanos de la América española— ha sido siempre una tierra de explotación y de expoliación en beneficio foráneo. Colocados en la periferia de la política y de la economía del mundo, fuimos siempre, en la política de poder global, simple colonia o país menor o satélite de otras potencias. En el dispositivo económico del imperialismo, figurábamos únicamente como país de materias primas esenciales y de productos alimenticios, sin rango ni influencia alguna. Siempre estuvimos en el extremo de la civilización.

Civilización, cultura, progreso, potencialidad, fueron Londres, París, Berlín, Nueva York.

Por encima de la faramalla puramente retórica que recubrió nuestra posición internacional, la realidad descarnada aparecía evidente: la Argentina era simplemente una colonia.

Nutrido está nuestro pasado de constancias que documentan este aserto.

La verdad es que, incorporados a la historia mundial muchos siglos después que las potencias europeas, no fuimos un continente más, una nación más, un pueblo más, que venía a ocupar un sitio y un rango similar al de aquellos que marchaban a la vanguardia del progreso. Nuestro destino fué uncirnos a la caravana de pueblos subordinados y dirigidos por los países poderosos de la tierra.

La América española no escapó a este destino. Llegada con muchos siglos de atraso al ámbito mundial, su minoría de edad pudo considerarse perpetua.

Es, pues, entonces, como lo dije anteriormente, en la línea histórica donde encontraremos la clave de la situación.

El límite de esta disertación me impide un análisis a fondo de ella, como hubiera deseado. Pero no obstante expondré las líneas generales de este proceso, sin cuyo estudio, entiendo, no es posible comprender la realidad argentina, esa realidad que, hasta el presente, fué escamoteada e ignorada.

¿Dónde nace esa realidad? ¿Dónde se asienta el pasado? ¿Cuál es el ámbito de nuestra historia? El espacio y el tiempo, los dos factores indisolubles de toda trama humana. Esa realidad, ese pasado, esa historia, nace, se asienta y tiene su ámbito en esta tierra y no en otra parte, no en otro sitio, no en otra latitud. Es en América. Es aquí mismo donde va a nacer, donde va a desarrollarse, donde va a expandirse el drama de un país que comienza por ignorarse, que intenta penetrar en la arena histórica y que para ser —para poseer voluntad de ser— necesita empezar por conocerse. Sobre ese espacio y no otro, sobre esa tierra nuestra, el pueblo inicia su camino secular, ignorado a veces, exaltado por falsos intereses otras, y engañado casi siempre.

Y ese pueblo que elabora la historia, que jalona sus hitos, que construye con su sangre, con su vida, con sus esfuerzos, ¿qué es ese pueblo? Es la masa nativa, es el indio, el mestizo, el gaucho, el hombre anónimo de las llanuras y de los valles y de las montañas. Es el hombre del pueblo, en fin.

Por encima de esa masa aparentemente amorfa, aparentemente sumisa, aparentemente sin valor político, se levanta una clase dirigente que, a través del tiempo, de los siglos, de las distintas etiquetas con que cambian los regímenes políticos, conserva intacta sus características esenciales: el

desprecio a las cosas de la tierra, el desprecio a las masas nativas. Las estimula y las aprovecha para sus propios fines, excita sus sentimientos, les promete y las acicatea, para luego engañarlas y volverlas a oprimir una vez conseguidos sus fines.

Este es el diagrama histórico. Una masa nativa que hace la historia, manejada, conducida y traicionada por una clase dirigente de espaldas a la tierra y al pueblo.

Esa clase dirigente es nativa ella también, pero servidora incondicional de la metrópoli opresora, consciente en la mayoría de los casos e inconsciente en otros.

Esa clase dirigente es, sencillamente, la oligarquía.

A través del tiempo sus motes pueden ser distintos, pero es siempre una misma. Colocada en la boca del gran estuario, que permite el acceso a la entraña misma del continente, trafica y comercia, sirviendo de intermediaria entre los productos extraídos a la naturaleza del país y las manufacturas que llegan del exterior.

Su signo, su vida, su espíritu, es ese tráfico. Vive a la sombra del interés foráneo. El liberalismo, los postulados teóricos de la Revolución Francesa, la civilización europea, son los dogmas que acepta, apoya y difunde. Todo lo que no encuadre dentro de esas normas es bárbaro, es in-

culto, es hereje. Y como el país, la tierra, el pueblo, no se ajusta a ese encuadramiento, ese pueblo debe ser transformado, así sea por la violencia, la sangre. Así sea a costa de destruirlo totalmente.

Es entonces cuando la ciudad, la ciudad-puerto, la ciudad recostada sobre el río se transforma en el reducto fuerte de la oligarquía. Por una metamorfosis singular, el país para esa clase dirigente es la ciudad. El resto, el interior, la patria, es la barbarie, es la chusma. En esa operación transmutadora, en esa alquimia intelectual, la antítesis será tajante y única: civilización por un lado, barbarie por el otro.

Veamos la oligarquía nativa en su nacimiento.

Nace bajo la férula de la lejana metrópoli española que, por sus dispositivos económicos especiales, ciñe sus horizontes sociales. Se desarrolla lentamente, comenzando a experimentar un sentido de clase, una jerarquía afianzada económicamente porque ya son latifundistas y propietarios del ganado, pero no tienen aún el acceso al poder político. El monopolio español coarta toda posibilidad de ampliar y expandir el mercado para sus productos. A estos latifundistas y ganaderos debe agregarse un sector urbano de comerciantes, que también anhelaban el desarrollo del comercio para un campo mayor de beneficio. Y finalmente una

clase intelectual, surgida de las profesiones liberales, a la que el régimen políticoeconómico de la metrópoli ahoga toda aspiración.

Latifundistas, ganaderos, comerciantes e intelectuales nativos, tenían que buscar forzosamente una ruptura con el sistema de la colonia.

El comercio libre y la filosofía de la enciclopedia ajustaban exactamente en sus aspiraciones. Se fué así desarrollando una ideología en que la economía, la política y la sociología se conectaban directa y profundamente con los designios expansionistas de las potencias enemigas de España. Se necesitaba una ocasión, un motivo o un pretexto. Vino la ocasión: la invasión napoleónica en España.

Desde entonces, la oligarquía nativa bebió su ideología, la fundamentó, la estructuró a través de dos fuentes: el librecambismo inglés, las ideas francesas. Y pocos años después, Francia e Inglaterra pretenderán imponerse a la América española, magnífico campo colonial para sustento del imperialismo. La historia ya es sabida. Triunfó Inglaterra.

Pero, mientras tanto, ¿qué hacía el pueblo, la masa nativa?

El pueblo participó con su sangre en las guerras de la Independencia, pero, a diferencia de la oligarquía, no buscaba su hálito vital en el librecambismo ni en el ideario jacobino, porque en su

instinto entendía que, tanto uno como otro, iban a ser los remaches de la cadena de su esclavitud. El poder de la metrópoli iba a ser substituído por el poder de la oligarquía portuaria. Esta contradicción se va poniendo cada vez más en evidencia hasta el momento en que toda unidad entre el puerto y el interior del país es imposible.

Surge así, entonces, ese período que la historia oficial denomina guerras civiles y en las que no se quiere reconocer el intento de las masas nativas a través de sus caudillos populares, de dar al país un equilibrio político y económico. Surge más evidente que nunca la antinomia entre la ciudad y el campo. Toma vigor entonces la antítesis de civilización y progreso.

Están frente a frente el hombre de pueblo, el paisano y el intelectual, «el cajetilla de bota fuerte», según frase de la época.

La Universidad sigue siendo un engranaje más del comando político, en manos de esa clase dirigente. ¿Y qué otra cosa podía ser si de la Universidad salían precisamente tales dirigentes? Se ha supuesto siempre que el intelectual, el hombre de título, el universitario, por ser el hombre de luces tenía forzosamente que ver mejor el problema del país, por encima de los intereses meramente lucrativos de los latifundistas, de los ganaderos y de los comerciantes. La verdad es muy distinta. La visión de la Universidad no podía ser distinta de

la visión de la oligarquía. Más aún. La Universidad postulaba los fundamentos racionales y científicos —por así decir— de ese sistema y esa política. De la Universidad egresaban los que poco después se transformarían en sus más conspicuos miembros. La Universidad, pues, nada tenía que ver con la realidad nacional.

Vemos así cómo en las guerras civiles y en la época rosista, la Universidad, los universitarios, los intelectuales, mantienen una concepción eminentemente foránea, extranjera, europea. La proclaman por boca de sus líderes máximos, que aspiran esencialmente, como lo enuncian en sus escritos, a considerarse «como europeos en América». Están con la Francia y la Inglaterra, contra el país. Prefieren el exilio, el extranjero, cualquier otra cosa, antes que consubstanciarse con la realidad nativa. ¿Qué puede extrañarnos esto si sus descendientes mentales, cien años después, estarán de nuevo contra la realidad nacional y en favor de un embajador prepotente y extranjero?

Si la historia se repite, la causa es bien simple. Cien años antes y cien años después, la Universidad continúa siendo un engranaje de la oligarquía. Y oligarquía significa la suma de los intereses económicos, políticos y sociales, contrarios al país y subordinados al poder extranjero. Significa, una vez más, los intereses de una clase dirigente que

desdeña apoyarse en la tierra y en el pueblo y que sólo se sustenta en el interés foráneo. Oligarquía —por último— significa la identificación de sus propias aspiraciones y beneficios con las aspiraciones y beneficios de las fuerzas foráneas.

Ese abismo entre la realidad del país y del pueblo y la *élite* universitaria, la clase dirigente, es precisamente la clave de la historia argentina, a través de distintos nombres, a través de diversos partidos, encarnando a veces unas aspiraciones, encarnando a veces otras.

La Universidad en la Argentina no cumplió una misión auténtica. Constituyendo un engranaje del régimen, junto con la prensa, el libro, la cátedra, adviértese sin solución de continuidad su falta de adherencia a la sensibilidad popular. Lo cierto es que las borlas universitarias rara vez se entremezclaron con las vinchas del paisano. Ni cuzcos ni doctores, establecía el reglamento de las estancias de don Juan Manuel. Y la conseja, el refranero, y las canciones populares, no dejaban tampoco bien parados a los universitarios.

El abismo, la separación irreducible, continuaba.

No he de traer —por considerarlo superfluo— las constancias permanentes de esa separación, pero sí he de referirme, por creerlo significativo, a una característica de nuestro pueblo, a su in-

interpretación por las clases dirigentes y a su verdadero sentido.

Es sabido que se reconoce como características más agudas de nuestras masas, el culto al coraje, el concepto inquebrantable de la amistad, el orgullo de la nacionalidad, la fe en el porvenir del país. Pero agregaré, por ser aceptada, una característica más que es a la que quiero referirme: el desprecio a la ley.

El régimen entonces imperante consideraba a las masas populares como inorgánicas, amorfas, al margen de todo concepto social y legal, alzadas contra el orden y la justicia, carentes de todo componente societario.

El paisano, el gaucho, el hombre de nuestra tierra, era por antonomasia el individuo «alzado», el que peleaba a la «partida», el hombre ocultado en los pajonales o en los montes, insumiso, levantisco, bravucón, ponedenciero, la negación, en una palabra, del orden social. Es así cómo, especialmente después de Caseros, en nombre de la civilización y del progreso la oligarquía restaurada en el poder comienza por perseguir, destruir y aniquilar al paisano.

¿Cuál es la verdad, en suma, de este concepto?

Si recorremos las páginas inmortales de nuestro poema nacional —me refiero a *Martín Fierro*— encontraremos con claridad meridiana la respuesta.

El paisano es la realidad del país, es su hombre representativo. El simboliza lo perenne y eterno de la tierra, pero de la tierra que quiere ser libre, y no admite en ningún modo tutelajes ni vasallajes. El paisano —instintiva o inconscientemente, si así se prefiere— encarna el espíritu insobornable de la tierra nativa, libre y soberana, que no puede reconocer como ley esa ley que se dicta desde la ciudad, a través de manos sumisas y atadas a la coyunda del interés foráneo. Esa ley que se va configurando en legislaciones y acordadas, exaltadoras del capital extranjero, del oro extraño, del riel opresivo, de la finanza internacional, del poder expoliador.

Esa ley no puede ser aceptada, no puede ser reconocida. Si bien es cierto que no llega hasta el hombre del pueblo en forma directa, en forma evidente, sus reglamentaciones, sus normas sí lo afectan, lo disminuyen y lo hieren. Eso es lo que él entiende perfectamente. La ley que llega hasta él en sus minucias, en sus pequeños detalles, en sus redes sutiles e invisibles a veces, en sus desahucios, en sus desalojos, en sus arbitrariedades, en sus caprichos, todo ello encarnado en una autoridad visible y tangible que no es ni con mucho la Corte Suprema, pero sí es el comisario de campaña o el juez de paz. Es entonces cuando se rebela en defensa de su dignidad, de su hogar, de su trabajo, de su ciudadanía. Esa ley que él no acepta

y contra cuyo último epígono —el policía— sale a pelear, es la ley de los hombres de la ciudad, es la ley del «pueblero», es la ley impuesta, tiránica y prepotentemente, contra la que debe luchar en todo momento.

Incluso, como en el paradigma de Martín Fierro, dejará esa civilización que quiere destruirlo, dejará la sociedad que lo expulsa, e irá precisamente a la toltería de los indios a encontrar su tranquilidad. Es posiblemente, de todo el poema de Hernández, el sarcasmo más violento que lleva contra el régimen oligárquico. El paisano, el hombre que constituye el *substrato* demográfico nacional, debe dejar lo que se denomina civilización, para encontrar refugio en el indio, en el salvaje, entre la titulada barbarie.

¿Y qué es lo que quiere Martín Fierro? El mismo lo dice: trabajo, casa, hogar, familia, escuela, crucifijo. Es decir, todo lo que le han quitado y le niegan. Y como es ante todo un auténtico producto de la tierra, de esta tierra criolla, no se irá como se habían ido en su momento los mismos intelectuales nativos que hoy lo persiguen, camino al exilio, camino al extranjero, sino que ha de quedarse en su patria, sin perder el orgullo de la nacionalidad, sin perder la fe en el porvenir del país, esperando inquebrantablemente, como él lo dice, «hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar».

Años después, agotados todos los intentos de dominio mental e intelectual de las clases dirigentes oligárquicas sobre el pueblo insobornable, las tituladas clases cultas que creyeron destruir al paisano y confiaron en la inmigración, verán nuevamente inutilizados todos sus planes y trabajos, cuando el nuevo hijo del país, el nuevo hombre del pueblo, que se pretendió mestizar, transformar y refinar, como a sus vacas, se niega a recorrer el camino de los comicios. «Quiera el pueblo votar», fué la última consigna de una clase dirigente que sentía llegar el día de su decadencia. Declaración aparentemente magistral, pero que no podía desprenderse de su tradicional actitud rectora. «Quiera el pueblo votar», y el pueblo, sin necesidad de consejos, ese mismo pueblo que había superado el cosmopolitismo impuesto por los regímenes oligárquicos y seguía conservándose nativo y criollo, en las primeras elecciones libres que se le permitieron, no sólo quiso votar sino que llevó a regir los destinos del país a un caudillo eminentemente popular, que a través de frases incisivas y de fórmulas categóricas había calificado a la oligarquía, al régimen, en suma, de «falaz y descreído». Sí, efectivamente. «Falaz y descreído», pese a las sonrisas e ironías que tales palabras despertaban en los hombres del régimen.

Después —un después más en la trayectoria histórica del país— la oligarquía que había seguido manteniendo los comandos económicos, retomó el poder. Y desde entonces el pueblo volvió a mantenerse ajeno a las facciones y a las luchas de predominio entre los distintos sectores de la oligarquía que, no obstante la distinta denominación de los partidos, mantenían uniforme la sumisión a las fuerzas foráneas.

Llegamos así hasta nuestros días. Llegó el 4 de junio de 1943. Todavía creo prematuro toda ubicación histórica con respecto a ese movimiento. No sabemos con exactitud qué factores y qué fuerzas lo impulsaron. Pero de su seno surgió la figura de un desconocido. Obedeciendo a ritmos propios, y a impulsos auténticos, con la visión aguda del conductor genial, desdeñó las posiciones espectaculares y aparatosas que sus propios méritos y su personalidad reconocida en su medio le hubieran permitido ocupar.

Fué directamente al pueblo, a la masa, al hombre anónimo del país, que hace la historia y la grandeza de la patria. Supo desentrañar la clave del pasado, a través de todos los sofismas y de todos los artificios que la habían obscurecido. Les habló su mismo idioma, su mismo lenguaje. Más todavía que esto. Interpretándolos, interpreté al país en su recorrido secular y les dió un lenguaje

y un idioma. Tradujo sus sentimientos, sus aspiraciones, sus esperanzas. Les dió el sentido de su fuerza, los sostuvo infatigable e inquebrantablemente y para que su trayectoria fuera completa, para que hasta el camino del sacrificio, de la prisión, del anatema, del escarnio, no le fuera ajeno, el día en que una conjura oscura consiguió artatamente desplazarlo, renunció a toda resistencia, no aceptó ninguna ayuda, ordenó a sus fieles y leales que esperaran —con la fe inmarcesible en el propio destino, consubstanciado con el destino de la patria— el día final de la liberación. Y fué el pueblo —ese pueblo secularmente engañado y traicionado— el que lo liberó y selló su lealtad de acero con el líder el día 17 de octubre de 1945.

Fuera del pueblo no hubo nadie. Con el 17 de octubre se cubre otra etapa más en la trayectoria histórica de los levantamientos populares, dentro del estado permanentemente insurreccional de nuestras masas nativas.

Perón y pueblo constituyen la fórmula de la fuerza y del porvenir del país.

Me permito señalar como una reflexión más a las contenidas en mi exposición otra constancia de la incomprensión que perennemente caracterizó a nuestras clases dirigentes oligárquicas. El divorcio entre pueblo y clase dirigente que ya he señalado varias veces, fué tan agudo que lógicamente

debía basarse en una incomprensión perpetua de la realidad nacional.

¿Cuál es el clima político —que incluso podíamos calificar de normal— que caracterizaba a toda la América española? El de sus continuos golpes de Estado, sus revoluciones, sus motines, sus levantamientos. La mentalidad dirigente tenía su propia interpretación: el atraso de la masa, la ignorancia popular, la carencia de instrucción en el hombre del pueblo, la ausencia de educación cívica. Efectivamente tal era la interpretación clásica. Me permito diferir en absoluto de esa conclusión. Para mí el estado permanentemente insurreccional de las masas tiene su origen en su continua sed de justicia social, en su insatisfecho estado económico, en su insobornable sentido nacional.

La clásica interpretación de las revoluciones de Sud América es falsa, es tendenciosa, y responde a consignas extrañas, que tienden precisamente a escamotear el auténtico y genuino origen de las mismas.

Abusando de vuestra atención y benevolencia, he llegado hasta aquí exponiendo las líneas generales que nos dan la ubicación histórica de nuestro pasado y de nuestro presente. Con ellas podremos trazarnos un derrotero para el porvenir.

Sin ese conocimiento previo, ninguna acción será valedera. Toda acción que desconozca nuestra auténtica historia, sólo podrá operar en el vacío. Fue necesario como os decía al principio, recorrer el pasado para poder ubicarnos dentro de una concepción, de una interpretación auténtica nuestra, auténticamente argentina.

Porque dentro de ese pasado que hemos recorrido, la Universidad que, como ya he dicho, siguió siendo un engranaje más del comando político de la oligarquía, mantuvo fielmente las líneas directrices de la clase dirigente. La trayectoria histórica de la Universidad es el fiel reflejo de la trayectoria histórica del país, a través del sector social que detentaba el poder.

No puede entenderse el proceso de nuestra Universidad sin conocer el proceso del país.

Es, precisamente, en pleno auge del régimen que retoma el poder después de Caseros, cuando la Universidad va adquiriendo cada vez más definitivamente su espíritu de clase, su naturaleza oligárquica.

Ni el decreto del 25 de febrero de 1852, ni las cuestiones planteadas en el seno de la asamblea constituyente provincial del año 1871, respecto al problema de la relación entre la Universidad y el Estado, ni la ley provincial del 12 de agosto de

1875, ni el decreto de 1883, ni, finalmente, la ley Avellaneda, de 1885, superan el planteo universitario, reduciéndolo meramente a cuestiones de jurisdicción y administrativas. Es en 1886 cuando se estructura nitidamente la Universidad del régimen, cuando su orientación se hace evidente, superando leyes y decretos. En los estatutos dictados ese año, se consagra un sistema mediante el cual las academias compuestas por quince miembros nombrados *ad vitam* —muchos de los cuales ni siquiera pertenecían al cuerpo docente de las facultades— ejercían una verdadera dictadura dentro de la Universidad, manteniéndose impermeables al llamado de la realidad social del país que, poco tiempo después, en 1890, se había de lanzar a una revolución contra el régimen corrupto.

Se mantenía así, mediante la disposición mencionada, un sistema tan cerrado que emparedaba a la Universidad dentro de un círculo de familia, reflejando un orden social subvertido atento únicamente a los intereses y conveniencias de una clase dirigente.

Pero los hechos son obstinados. En la Argentina se estaba operando una transformación económica y social que, fatalmente, habría de incidir con toda su fuerza en el ámbito de lo político. Con la primera elección presidencial realizada después

de la ley Sáenz Peña —producto exclusivo, por otra parte, de esa misma transformación económica y social— una fuerte corriente renovadora irrumpe en el país. Es una fuerza eminentemente popular; es la sangre renovada por el aporte de grandes corrientes inmigratorias, cuyos frutos, hijos de nuestra tierra, identificados en un todo con nuestras costumbres van tomando categoría y personalidad. Es la «chusma» —así llamada por la oligarquía— la que ambiciona una mayor justicia y un auténtico gobierno con calor de pueblo, con sentir popular. Y es Yrigoyen, la auténtica expresión de las aspiraciones de esa generación que escribe, a mi juicio, una de las páginas más significativas de nuestro proceso político y deja también grabado su paso por nuestra Universidad el año 18, con la llamada «reforma universitaria».

Pero, como ya lo he dicho, aun después de la llegada de Yrigoyen a la primera magistratura, la oligarquía siguió manteniendo los comandos reales del país, entre ellos naturalmente la Universidad, donde poco a poco se va manifestando un movimiento reaccionario denominado la «contra-reforma». Como siempre, lo más difícil no es conquistar el poder sino conservarlo. Casi inmediatamente de la implantación de la reforma, aparecieron los procedimientos tortuosos que la desnaturalizaron. Se mantuvo falsamente la bandera

del 18, pero, prácticamente, se emplearon todas las medidas posibles para mantener las viejas posiciones, no vacilando —y esto es lo más repudiable— en sobornar y corromper lo que, a mi juicio, es lo más puro que tiene la Universidad: los estudiantes.

Los principios de la reforma quedaron convertidos en una nutrida red de componendas, en las que se desvió a los espíritus sinceros y de la cual sólo escaparon los que tenían escrúpulos. La venalidad, la politiquería y el más crudo desenfado tuvieron por escenario las aulas de las facultades. Se infundió en el alumnado el veneno del comité; las fórmulas para las elecciones fueron clásicas banderas del fraude, fiel reflejo de lo que ocurría en los escenarios políticos del país. Este cuadro que presento en sus aspectos más esenciales, no es tendencioso ni es falso. Todos conocemos un extenso anecdótico al respecto; cómo se ganaba y hasta cuánto costaba una elección, y hasta uno de los adalides de la reforma, desde una alta posición pública, dijo que no había profesor que pudiera llegar al cargo sin tener que pasar primero por el lodo de los plebiscitos estudiantiles.

La Universidad, se va alejando nuevamente de su pueblo, que permanece como espectador, que siente con tristeza el desarrollo de este proceso de descomposición. En 1930, son los profesores de

la Facultad de Derecho quienes manejan el gobierno del fraude y de la venalidad. En 1940, la Universidad vive el mismo clima anárquico que caracteriza la política del país. Así es la Universidad, así es la Universidad de nuestra generación, que todos conocimos. Una universidad fría, apagada, carente de fervor patriótico, descreída y escéptica.

Se llega así al momento en que, mientras se jugaba la suerte del país, mientras las masas populares sentían la angustia de la hora, mientras el pueblo se jugaba entero en todos los ámbitos de la patria, en jornadas históricas, como la del 17 de octubre, los usufructuarios de la Universidad —al margen de la Nación— agasajaban a los representantes del yugo extranjero.

Una vez más, la Universidad renuncia a su destino histórico.

Ahora puedo llegar, como decía, a ese planteo fascinante y apasionado de la Universidad.

Resumiré brevemente, entonces, las principales reflexiones que he expuesto. Estamos en un mundo cuya política de poder es la nota dominante de todas las relaciones internacionales. Existen países poderosos que pretenden la supremacía mundial a costa de las aspiraciones de aquellos pueblos más débiles, algunos de los cuales son a pesar

de su libertad política simples dependencias económicas que les están subordinadas.

En el dispositivo del imperialismo cada país subordinado está regido por un gobierno que oficia de agente y representante de ese mismo imperialismo, a espaldas del interés nacional.

Esa oligarquía no se reduce a los sectores políticos y económicos, sino que cuenta entre sus elementos de dominación así como la prensa y el libro, a la Universidad.

Permitaseme que a este propósito, recoja un grito que se popularizó en forma exaltiva o peyorativa, según los casos, el 17 de octubre: «Alpargatas sí, libros no.»

Digo que recojo este grito, porque en su recto análisis, al margen de interpretaciones falsas y tendenciosas, tiene un auténtico valor. Diría que es el último grito de combate de las masas insurreccionadas, que arrancaría cronológicamente en las huestes de Tupac Amará, y que llega en nuestros días a los descamisados de Perón.

En su interpretación no nos equivoquemos una vez más rigiéndonos por la clásica mentalidad del régimen.

No es el desprecio a la cultura, ni a la escuela, ni al libro, como tampoco es exacto el pretendido desprecio a la ley que caracterizó a nuestras masas populares y que ya he explicado. Es, sí, el des-

precio a la cultura, al libro, a la universidad antinacional servidora obsecuente del imperialismo foráneo. Es el desprecio a esa misma universidad que estuvo contra Perón, contra el país, contra el pueblo y que se alió, como siempre en el pasado, al extranjero, simbolizado en esta ocasión en la persona de un embajador de siniestra memoria.

No es sino con placer —debo agregar— que también como siempre en nuestra historia no faltaron universitarios en el 17 de octubre y que, precisamente este centro, que tengo el insigne honor de presidir, tuvo su origen en esos días, quebrando el rancio espíritu de la Universidad. Fué en esos días que puso en sus balcones a flamear la bandera de la revolución y de su líder el general Perón.

Es exactamente ese espíritu de la Universidad de ayer que no podrá coexistir en el seno de la Universidad de la revolución nacional.

La Universidad, esa Universidad a la que aspiramos, no puede disociarse de la tierra y de su historia, so pena de perder su auténtico contenido y volverse antinacional. La Universidad debe constanciarse con la doctrina nacional, con nuestro país, con nuestro pueblo, para cumplir su verdadera misión y seguir su prístino destino.

El hombre de título, que salvo excepciones, despreció al pueblo, a las masas nativas, a la chusma, refugiándose en un concepto que alardeaba de

aristocrático, no era más que la máscara en que encubría su carencia de vida propia, de sentido argentino, de vivencia nacional. Fué incluso un sentimiento de desprecio y de soberbia.

Despojémonos de esos sentimientos. Elijamos el camino de la humildad, de la humildad católica, plenos de fe en nosotros mismos, en nuestra raza, en nuestra tierra, en nuestro pueblo. Por ese camino de humildad, la Universidad será verdaderamente libre, auténticamente argentina, profundamente nacional.

Nuestra época es la época de la justicia social. No podemos estar ajenos a su signo sin perecer irremisiblemente.

La Universidad no puede continuar siendo un simple reflejo de ideologías e influencias foráneas, sino la institución que estudie, analice y observe la realidad nacional. Que viva el propio destino de su tierra y de su pueblo.

La Universidad debe estar al servicio de una Argentina socialmente justa, económicamente libre, políticamente soberana.

«La Universidad —ha dicho el padre Benítez— no debe ser un recinto hermético, en el que se cultive un saber esotérico para beneficio de una minoría y desfavor de la gran masa popular. La Universidad ha de servir al pueblo a cuya vera pasa el hombre del áulico saber con arrogante desdén, rumiando en sus adentros la sabrosa golo-

sina de pertenecer a la casta menos universal por la paradoja de ser universitario.» «De seguir esta suerte —agrega el padre Benítez— el supercapitalismo intelectual correrá parejo albur con el supercapitalismo económico.» «Si ella se desconecta de las preocupaciones públicas, muy satisfecha con gozar de sus pingües canonjías y sinecuras, traiciona a la Nación y encima se acusa a sí misma de esterilidad y corrupción.»

Nada más exacto que estas palabras. Ni nada más profético si la Universidad no reacciona. La Universidad —vuelvo a repetirlo— debe consubstanciarse con el país.

De la Universidad han de salir los cuadros dirigentes del mañana como hasta ahora de ella han salido los cuadros dirigentes del viejo régimen.

Del hermetismo de las especialidades, del profesionalismo enderezado a servir lo antinacional por una parte y lo individual por otra, debe surgir el profesional con sentido, raíz y orientación nacional y social.

En derecho, en economía, en medicina, en ingeniería, en arquitectura y urbanismo, en odontología, en filosofía y letras, en agronomía, deben surgir los ciudadanos plenos de contenido social. El país, el pueblo, deben constituir su preocupación constante, fervorosa, idealista.

Todo el conocimiento, todo el saber, el arte y la técnica, la investigación y la enseñanza, la di-

fusión de ideas y de conceptos, tienen ante sí todo el inmenso ámbito de la patria, y sobre su espacio, al hombre nativo. De la Universidad debe surgir la aplicación social del conocimiento.

Las concepciones del derecho, de la ley, de la justicia, del trabajo, de la propiedad, de la tierra, del salario; las orientaciones de la economía, de las finanzas, de la producción, de la distribución, del consumo; la política sanitaria, la extirpación de epidemias, la asistencia médicosocial, el cuidado del cuerpo, el régimen alimenticio, la profilaxis dental, la atención del niño; el estudio y conocimiento de las necesidades viales del país, tanto en sus redes ferroviarias y camineras, la construcción de puentes, el aprovechamiento fluvial, la canalización de ríos, el endicamiento de aguas, la construcción de medios de transportes propios, como aviones, vapores, automotores, locomotoras; el mejor planeamiento de las ciudades, el sentido urbanístico de la vivienda en su expresión colectiva, estética y social; la creación de un arte enraizado en nuestras modalidades, en nuestra tradición y en nuestro espíritu. He aquí todo lo que tenemos por hacer y aun por rehacer.

Esta es nuestra misión, ésta es la misión de la Universidad argentina y esta misión debe hacerse incluso con un claro y jubiloso optimismo, tal como lo pedía hace poco tiempo en un discurso un

miembro del Poder Ejecutivo nacional —con la pedagogía de la alegría— así, claramente, irradia-
mente, jubilosamente, de cara al porvenir pujante
de la patria.

He expuesto mis reflexiones sobre la Universi-
dad. Muchas de ellas han sido duras al referirme
a la Universidad del pasado. Duras y severas. Es
cierto. Pero debo recordaros que yo no soy ajeno
a ella. Soy hijo de universitario y universitario
yo mismo. La Universidad puede decirse que ha
sido mi ambiente y mi medio desde que tuve uso
de razón. Todos mis esfuerzos, todas mis esperan-
zas, todas mis inquietudes, están unidas a ella. En
estos últimos años, y ya van unos cuantos, he par-
ticipado en su proceso, en sus luchas, en sus pro-
blemas. Creo también que, aun modestamente, en
alguna forma, le he aportado el ya conocido gra-
nito de arena. Y estos antecedentes me han per-
mitido suponer en mí cierta autoridad para en-
juiciarla. De ahí este análisis, estas reflexiones,
mejor dicho, que en última instancia no son más
que la expresión de mi profundo cariño a la Uni-
versidad y de mi encendida esperanza de verla
colocada en sus verdaderos caminos, para bien de
mi tierra y del pueblo de la patria.

Para ello debemos unir todos nuestros esfuer-
zos. La revolución nacional ha modificado subs-
tancialmente la fisonomía del país. El proceso ini-
ciado el 17 de octubre de 1945, por el conductor de

la revolución, el general Perón, inaugura una nueva época en la historia argentina. Es en tal sentido que me inclino a proponer lo que podríamos denominar la formación política de la Universidad.

En las líneas generales de la revolución nacional, no puede tener cabida una Universidad al margen del Estado. Una Universidad cuya misión se reduzca simplemente a formar elencos de profesionales especializados en las materias respectivas, pero desconectados de la realidad nacional de la doctrina de la revolución. La Universidad debe ser, en cambio, el más noble instrumento de la revolución, en la formación, difusión y expansión de la doctrina nacional.

Hasta ahora, la Universidad jamás contó con un curso cívico para estudiantes. Suponer su existencia hubiera sido absurdo e inoperante. ¿Qué sentido hubiera tenido una cátedra de formación política nacional, de unidad y de espíritu argentinos, en una Universidad oligárquica al servicio de fuerzas foráneas?

La respuesta huelga por sí misma. Pero la nueva Argentina tiene necesidad de una cátedra en la Universidad, que forme, unifique y encuadre a los estudiantes dentro de la doctrina del Estado, del Estado bajo cuya égida se preparan los futuros profesionales, del Estado a cuyo servicio deberán consagrarse en sus especialidades en el futuro.

La profesión en cualquiera de sus ramas estará entonces orientada espiritualmente al servicio de los altos y permanentes intereses de la patria. El universitario no pertenecerá entonces a la «casta menos universal por la paradoja de ser universitario».

Llego al término de estas reflexiones sobre la Universidad.

De ellas finalmente extraigo una proposición concreta a la que doy carácter de trascendente: la creación, como ya os he dicho, de un curso de formación política para los estudiantes universitarios.

Más aún, lo diré con las mismas palabras del artículo 38 de la Constitución nacional, en la parte que prescribe lo siguiente: «Las universidades establecerán cursos obligatorios y comunes destinados a los estudiantes de todas las facultades para su formación política, con el propósito de que cada alumno conozca la esencia de lo argentino, la realidad espiritual, económico-social y política de su país, la evolución y la misión histórica de la República Argentina y para que adquiriera conciencia de la responsabilidad que debe asumir en la empresa de lograr y afianzar los fines reconocidos y fijados por esta Constitución.

Señores:

Largo ha sido el camino recorrido, una secular trayectoria ha sido jalonada con la sangre y el su-

dor de las masas nativas. Esta es nuestra auténtica historia, historia negada, falseada, desnaturalizada.

La revolución nacional, con su conductor el general Perón, reencontró la vieja huella que una oligarquía antinacional había pretendido borrar de la tierra. Inútil empeño. Ese espíritu auténtico y puro vivía en el ámbito criollo.

Fué Perón el que pegando el oído a la tierra, a la tierra madre, a la Pacha Mama de las leyendas prehistóricas recogió esa vivencia nunca apagada. Al recogerla la amplió y la expandió a los cuatro puntos cardinales de la patria. Y la sierra, el valle, el bosque y la llanura devolvieron en eco poderoso lo que nació latido, lo que luego fué voz, hasta transformarse en un épico alarido que el país repitió de punta a punta.

Yo aspiro ahora a que la Universidad, la casa del conocimiento y del saber, mantenga siempre viva esa voz, que es la voz permanente de la patria.

